

Escuela Dominical

Aprendiendo A Ser Como Cristo

LECCIÓN 53

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

39. LA SUMISIÓN DE JESÚS A LA VOLUNTAD DEL PADRE – JN. 5:19, 30.

A. Aprendemos de Cristo a declarar que Dios es nuestro padre y no avergonzarnos de ello, sino debemos ser luz de este mundo a fin de que los hombres vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Jn. 5:18; Mt. 5:16).

B. Aprendemos de Cristo actuar en base a lo que vemos hacer al Padre; a no buscar nuestra voluntad sino la del padre (Jn. 5:19).

C. Aprendemos de Cristo que tiene una vida tan apegada al Padre que literalmente no actuará en contra de Su voluntad – *“no puede el hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”* (Jn. 5:19)

1. Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Jn. 5:19)
2. Según oye, al Padre, así juzga, y su juicio es justo (5:30).
3. No busca Su voluntad sino la voluntad del que le envió, el Padre (5:30).
4. Nada hace por Sí mismo, sino según le enseña el Padre, así habla (8:28).
5. Le es necesario hacer las obras del que le envió entretanto que el día dura, porque la noche viene cuando nadie puede trabajar (9:4).
6. No habla por Su propia cuenta; sino habla en base a lo que el Padre le mandó que debe decir y hablar (Jn. 12:49).
7. Da a conocer todas las cosas que oyó del Padre (Jn. 15:15).
8. Cristo es el profeta que Dios habría de levantar y en quien Dios pondría Sus palabras en su boca, y hablaría todo lo que Dios le mandare (Deut. 18:18).

40. CUATRO TESTIMONIOS DE JESÚS COMO HIJO DE DIOS – JN. 5:31-47.

A. El Testimonio de Juan el Bautista (5:31-35).

En Juan 5:31, el Señor Jesucristo dijo: *“Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.”* Esto no significa en absoluto que el Señor Jesús jamás pudiese decir algo que no fuese verdad. Más bien, hace referencia a que el testimonio de una sola persona no se consideraba como evidencia suficiente en un tribunal. El decreto divino era que se precisaba de al menos dos o tres testigos antes que pudiese pronunciarse una sentencia válida. Y de esta manera Jesús pasa a dar no dos o tres, sino cuatro testimonios de Su deidad.

En Juan 5:32, Cristo hace referencia al testimonio de Su Padre, cuyo testimonio de Él es verdadero. Así que habiendo introducido al mayor de los testigos, Su Padre, el Señor pasa luego al testimonio de Juan (5:33).

Recuerda a los incrédulos judíos que habían enviado a hombres a Juan a oír lo que él tenía que decir, y que el testimonio de Juan fue acerca del Señor Jesucristo, ya que en lugar de señalar a los hombres hacia sí mismo, Juan dio testimonio de Aquel que es la verdad. Juan era un hombre enviado por Dios y testificó que el Señor Jesús era verdaderamente el Mesías y el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Luego Jesús añadió: *“Mas digo esto, para que vosotros seáis salvos”* (5:34). Jesús no estaba simplemente queriendo demostrar que Él tenía la razón y que ellos estaban equivocados. Más bien estaba presentando ante ellos estas maravillosas verdades para que pudiesen darse cuenta de quién era Él, y le aceptasen como el prometido Salvador. En este versículo aprendemos del corazón tierno y amante del Señor Jesús. Se dirigía a aquellos que le odiaban y que pronto buscarían con todas sus fuerzas arrebatarle la vida, no con odio en Su corazón, sino con genuino amor en bien de la salvación de sus almas.

Después Jesús reconoce a Juan el Bautista como una antorcha que ardía y alumbraba (5:35). Esto significa que Juan era un hombre lleno de celo, que tenía un ministerio que daba luz a otros, y que se consumió en el proceso de guiar a los hombres a Jesús. Pero, aunque los judíos vinieron en gran número a Juan el Bautista, lo

aceptaron como un maestro religioso y se regocijaron en su predicación pasajeramente, no hubo en muchos de ellos genuino arrepentimiento. Recibieron al heraldo, ¡pero no quisieron recibir al Rey!

Ser llamado una antorcha que ardía y alumbraba es un verdadero encomio de parte del Hijo de Dios. Muchos de nosotros que amamos al Señor Jesús desearíamos también ser antorchas de fuego para Él, consumiéndonos a nosotros mismos, pero dando luz al mundo en ello. De Juan el Bautista se dice: *“Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Éste vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz”* (Jn. 1:6-8). Éste fue el propósito de la vida de Juan, dar testimonio de la luz. ¿Es nuestra vida un testimonio de la luz de Cristo?

Juan había honrado a Cristo, y Cristo le honró. Aprendemos así que Cristo está al tanto de Su pueblo y nunca olvida lo que hacen por Él. El mundo puede despreciarlos y olvidarlos, pero no su salvador. Él sabe dónde habitan y cuáles son sus pruebas. Ha escrito un libro de memoria delante de Él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre (Mal. 3:16). Sus huidas las ha contado y sus lágrimas están en Su redoma (Sal. 56:8). Él les confesaré un día ante Su Padre y los santos ángeles. El que dio testimonio de Juan el Bautista nunca cambia. ¡Que los creyentes recuerden esto! En su peor condición pueden decir con toda confianza: *“Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí”* (Sal. 40:17a).

B. El Testimonio de Sus obras (5:36).

El testimonio de Juan no era la más grande prueba de la deidad de Cristo. Los milagros que el Padre le había dado que hiciese también daban testimonio de Él, es decir, que el Padre le había verdaderamente enviado. Las obras llevadas a cabo por el Salvador eran las mismas que el Antiguo Testamento profetizó tocante al Mesías.

Hoy día los milagros del Señor reciben mucha menos atención como pruebas de Su Deidad. Se toman con silenciosa incredulidad como si fueran cosas que, sin haberlas visto, no se puede esperar que hayan sucedido. Pero no se puede olvidar el hecho de que en los días en que nuestro Señor estuvo en la tierra, Sus milagros produjeron un efecto inmenso en las mentes de los hombres. Llamaron la atención hacia Aquel que los obraba. Eran tantos, tan públicos, y tan incapaces de ser explicados, que los enemigos de nuestro Señor sólo podían decir que los llevaba a cabo por agencia satánica. Que habían sido hechos, no podían negarlo. Aun los principales sacerdotes y los fariseos reunidos en concilio dijeron: *“¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales”* (Jn. 11:47). Los hechos que los eruditos liberales pretenden negar ahora, nadie pretendió negarlos hace dos mil años.

C. El Testimonio del Padre (5:32, 37-38).

El Señor ahora refiere el testimonio que el Padre ha dado de Él. Esto puede referirse a la ocasión en que Jesús fue bautizado y la voz de Dios Padre fue oída desde el cielo declarando que Jesús era Su Hijo amado, en quien Él tenía toda complacencia; también las profecías del Antiguo Testamento que le declaraban como el Mesías, y podemos añadir que en la vida, ministerio y milagros de Jesús, el Padre dio también testimonio del hecho de que Él era el mismo Hijo de Dios (Jn. 14:10, 11).

El objetivo principal al Jesús confrontar a los judíos en los versículos 37 y 38 es reprenderles por no creer en la evidencia de que Él era el Mesías. La razón es que no han estado dispuestos a escuchar el testimonio de Dios. Dios había dado pruebas suficientes de la misión divina de Jesús, pero los judíos las habían ignorado y rechazado, y esto era prueba de que no respetaban la palabra de Dios.

D. El Testimonio de las Escrituras (5:39-47). Nota: lo estudiaremos en la siguiente clase.

Memorizar:

Juan 5:30 – “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre.”